

ADELANTO DE "EL FANTASMA DEL MARQUÉS"

LA SAL

POR SUSANA DILLON. ILUSTRACIÓN DE PABLO

ESTÉVEZ. En directo desde la

máquina mecanográfica que le dio forma, un segmento del nuevo libro, *work in progress*,

de la reconocida autora

riocuartense. Retrato hablado de la antigua Sevilla, da pie a

una "biografía actualizada" de Rafael de Sobre Monte, aquel

Virrey que legó un ejemplo a generaciones de gobernantes con su acto insigne: pirarse con el tesoro. Una obra en línea con

la intención de esta narradora, ensayista, conferencista,

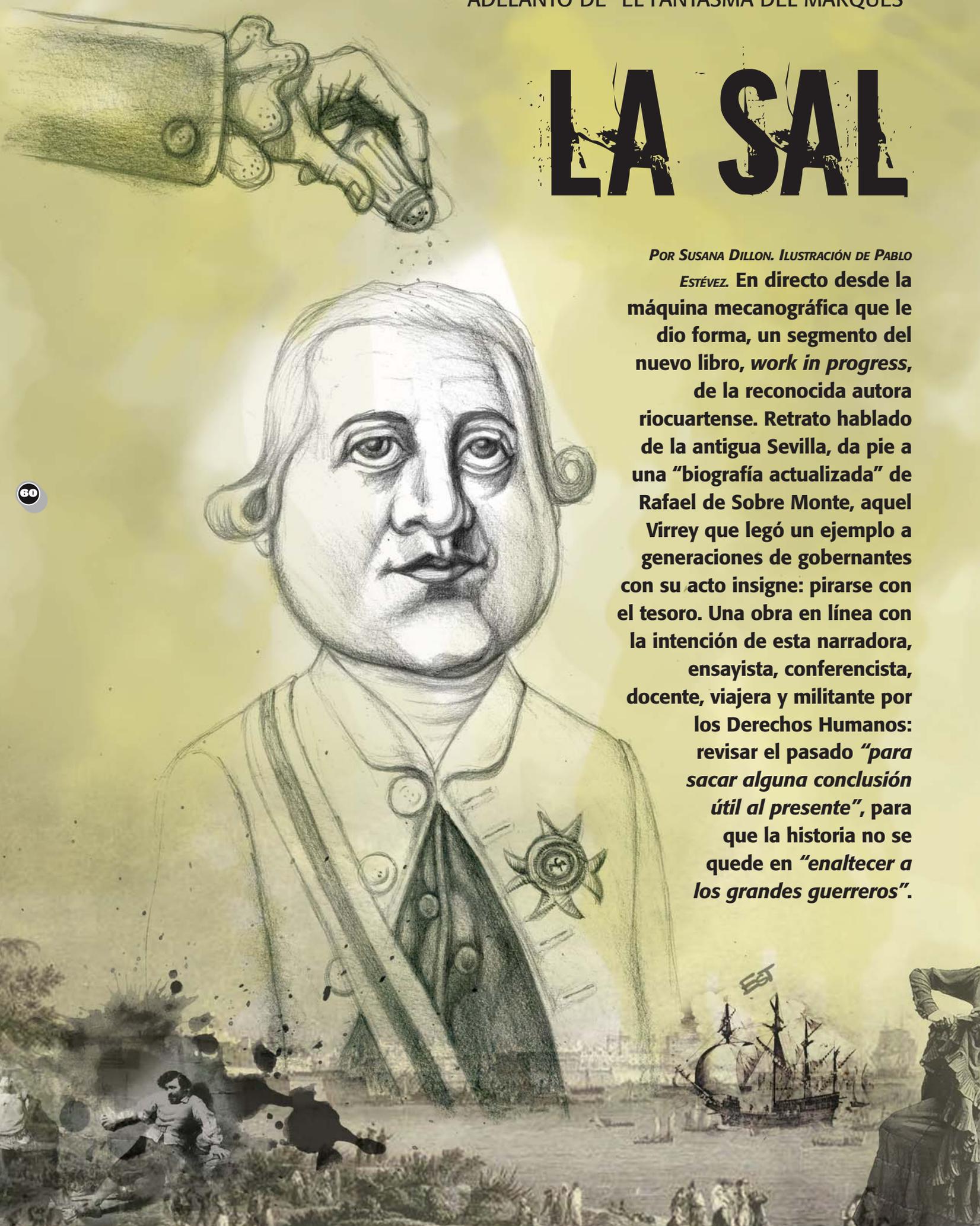
docente, viajera y militante por

los Derechos Humanos: revisar el pasado "para

sacar alguna conclusión útil al presente", para

que la historia no se quede en "enaltecer a

los grandes guerreros".



NO SALA

De las ciudades de Europa que crecieron aceleradamente luego del descubrimiento de América, ninguna tanto como Sevilla, la perla de Andalucía. Ninguna como ella vieron colmados los depósitos donde se atesoraban las cargas de oro y plata, venidas de toneladas de América.

Ninguna tuvo mayor movimiento ni prestigio, ninguna tanta gente para hacerse a la mar, fanfarronear, beber, comer y buscar pendencia con tantos aventureros, rufianes, ladrones, prófugos de la justicia, buscados por peligrosos.

Ninguna ciudad de aquellos tiempos disfrutó tanto de lo que vendían aquellas mujeres en los burdeles, ni tampoco "las de alcurnia", que bien cubiertas se "iban de putas". Ninguna tantos tablados y bailes para lucir el lujo, la alegría y el jaleo con tanta guitarra, palmas, y taconeo, tanto cante jondo, tantas grescas callejeras y de tabernas, tantas rejas frecuentadas por serenatas y juramentos de amor.

—¿Y quién ponía para tanto rumbo, lucimiento y riqueza?!
—¡Ponía América!— De acá iban los barcos, de a cientos, formando una armada, en galeones, carabelas y cuanta barca en los mares transportando el oro, plata, gemas preciosas, productos naturales que llenaban las bodegas y que demoraban meses en descargar llegados a Sevilla. Así se hacían más ricos los que ya lo eran.

Se recamaban altares, mientras decían misas y comulgaban como sacrílegos por haber desatado una orgía de muertes en obtenerlos. Así les convenía a los que venían de conquista, imponiendo la ley y la religión a indios africanos, prostituyendo a las indias, perdiendo a las buenas y glorificando a las zorras.

—¡Sevilla!—, cuna de bribones, carpeta de jugadores, rejunte de presidiarios, condes, duques, marqueses, embarcados con pompa para reproducir

en el Nuevo Mundo la cultura española, exprimiendo a los pueblos autóctonos hasta la última gota de sudor y de sangre.

Antes de embarcar, mucha misa y promesas, pero por "un quitame de allí esas pajas" se armaba una de sacar a relucir estoques, porque desde el vamos tenían la sangre caliente para aterrorizar a sus anfitriones.

Los funcionarios de la colonia sabían que en América los esperaba su buena fortuna. Por eso los lugares a los que se les enviaba eran conocidos por aquellos que frecuentaban desde los atrios de las iglesias, los corrillos donde se jugaba, las tabernas concurridas, las plazas de toros o los burdeles.

En los puertos, en los teatros y tablados se encontraban rumoreando muchedumbres variopintas, traficando chismes y noticias de lo que se traía de México o del Perú, o de Colombia y cualquier charlatán por un vaso de vino era capaz de entusiasmar a un noble a que dejara su feudo para largarse a las Nuevas Indias a buscar montañas de oro y conseguirse un serrallo de indias desnudas y provocadoras. En una de esas se daba todo junto, que nunca ha habido desde entonces gente más imaginativa que los andaluces. Andalucía tuvo desde entonces su cantera de leyendas.

Desde aquellos tiempos los andaluces se saludan de un modo muy particular. No se dirán como nosotros: —¡Buen día! ¿Cómo ha amanecido vecino? ¿Hace frío? No, van por la calle diciéndose unos a otros: ¿Cómo está hoy Sevilla? Y no les cabe en el pecho mayor orgullo que ser lo que son: sevillanos de ley.

Si anda de turismo, cualquier ciudadano le podrá aconsejar a dónde ir, pero es seguro que todos lo mandarían a la catedral, la más rica de la cristiandad, con el retablo del altar mayor con treinta y seis escenas sacras en bajorrelieves de oro puro.



EJEMPLO

Los militantes del Partido Intransigente, esa rara mezcla de viejos renegados radicales y sobrevivientes perros de la dictadura más sangrienta, eran por entonces, apenas inaugurado el gobierno de Raúl Alfonsín, los únicos que la bancaban cerca. La mayoría de los que ya se habían acomodado en los sillones de la democracia, en cambio, le huían como a la peste.

Susana Dillon, ya cumplidos los cincuenta años, criaba con la ayuda de Micaela Vijande, de pañuelo blanco como ella, a la pequeña Pepi. María Victoria, nacida en cautiverio.

A los padres de María Victoria se los llevaron una madrugada de horror de Río de los Sauces, un pueblito aledaño a Río Cuarto, adonde la pareja había recalcado creyéndolo un lugar seguro. Después de haber estado en La Perla, ambos continúan desaparecidos.

Feroz en su búsqueda, Susana Dillon fue venciendo en la ciudad imperial del sur cordobés, todos los prejuicios. De ser la que nadie quería cerca, terminó convertida en la militante top de las causas de los perseguidos, los excluidos, los desoídos. Y un buen día nos sorprendió con su *Mujeres que hicieron América*, libro que obtuvo un importante premio nacional, y la volvió al camino de la literatura, en el que había incursionado siendo directora de escuela rural.

Siempre fue un ejemplo. Por el coraje de su pañuelo blanco. Porque no pudieron con ella los genocidas. Así, decenas de libros leídos por miles de lectores, son el nuevo fruto de su vientre, mientras María Victoria, contra todos los fantasmas, casi adulta, canta su canción por Buenos Aires.

MÓNICA AMBORT

Periodista y docente universitaria
Trabajó en el diario Puntal de Río Cuarto

Y cuando los turistas estén con la boca abierta, mirando aquel portento, tal vez pase un cicerone con ganas de darse corte diciendo su parte, como chico dando examen: *"Todo es oro, ocho toneladas, del piso al techo y de derecha a izquierda, todo venido de América, ningún templo tiene tanto, ni siquiera el Vaticano... En este altar se casaron las princesas..."*.

Mientras se alejan los visitantes, algunas damas románticas se seguirán dando vueltas para ponderar las cancelas y rejas de bronce trabajado en filigrana dándole seguridad a tanto fulgor.

Las calles siguientes bullen con luminosa alegría, alborotan las ferias permanentes, los comercios y los kioscos de artículos suntuarios, estallan los malvones en las ventanas con rejas moras, y los claveles se ríen en las mozas peinadas de moño. Ya estarán preparando sus batas de seda para lucir en la noche en que le darán soltura a los duendes de la gitanería, colmando tablados. Cuando se venga la noche de juergas, con derroche de palmas, castañuelas y guitarras, la noche sevillana, que irá arrastrando su negra bata de cola por la calle de Sierpes, que es y

fue su peatonal, perdiendo lentejuelas en los requiebres de tanto cante jondo.

Siempre hubo gente que se queda a ver llegar la madrugada, porque cuando todos duermen, se quedan rondando para ver llegar al barrendero, con su escoba de eneas, removiendo de los rincones a las últimas sombras, que las barrerá, como si fueran penas y las arrojará a los tachos.

Luego se apagan las luces de la Giralda y volverá a espejarse, Sevilla en las aguas del Guadalquivir.

Quedó en esto de añorar Sevilla un famoso torero que al sentir lamentarse a otro español diciendo: *"Qué lejos estamos de Sevilla"*, cuando se encontraron en México, Juanito Belmonte le respondió cortando el lamento: *"Lo que está lejos es cualquier parte del mundo, Sevilla está donde tiene que estar"*, y se terminó la cantilena.

Los sevillanos son rápidos de genio, tanto para la broma y la alegría como para las maldiciones y las trifulcas, los lances amorosos o los días de luto. Su música es así, se pasa del llanto a la alegría, son magníficamente vitales, de una energía que asombra, tanto cuando se les da por trabajar, como se les da por el baile.

En esta Sevilla, donde el sol madura a las mozas como si fueran granadas y sazona a los chavales para que se luzcan en los toros o en el baile, aunque parezca mentira, nació un sevillano sin una pizca de sal: su señoría, el que fuera Virrey en las aguas del Río de la Plata: el Marqués de Sobre Monte, Núñez, Cartillo, Angulo, Bullón, Ramírez de Orellana, Brigadier de Infantería, de los Reales Ejércitos, Gobernador y Capitán General de las provincias del Río de la Plata de la audiencia pretorial de Buenos Aires, Superintendente General Subdelegado de la Real Audiencia y Rentas de Tabacos y Naipes del Ramo de Azogues y Minas y Real Renta de Correos en este Virreinato.

Es oportunidad, luego de tanto título honorífico hay que agregar algo bastante insólito, está la espina de faltarle la sal, eso que distingue a todo sevillano de ley. Y lo que es peor: le faltó duende, eso que hace que en el resto del mundo se los conozca porque lo llevan en su temperamento. Al cura que lo bautizó, dijeron los de su tiempo, le faltó el salero, y nos tocó a nosotros andar tras de sus pasos y el fin de su tesoro.

Para la época en que nuestro Marqués fue destinado a la Buenos Aires que apenas era una aldea a orillas de un río con nombre engañoso que se suponía llevaba al camino de la plata potosina, esa que se arrancaba matando mitayos, Don Rafael había estado en las bellas y prósperas ciudades caribeñas haciendo méritos y lo mandaban al fin del mundo, con la misión que tenía todo funcionario colonial: arrancar con impuestos y trabajos forzados la riqueza que era esquila, y había que hacerlo con sangre, látigo y muerte por su rey y por su Dios. 🌐

